

27 OCTUBRE 2013
DOM-30C



ECLESIASTICO 35,15-22: Los gritos del pobre atraviesan las
nubes y hasta alcanzar a Dios no descansan.
SALMO 33: Si el afligido invoca al Señor, él lo escucha
2 TIMOTEO 4,6-18: He combatido bien mi combate, he corrido
hasta la meta, he mantenido la fe.
LUCAS 18, 9-14: Todo el que se enaltece será humillado, y el
que se humilla será enaltecido

1. CONTEXTO

LA ORACION DE JESUS

La experiencia de Dios fue central y decisiva en la vida de Jesús. El profeta itinerante del reino, curador de enfermos y defensor de pobres, el poeta de la misericordia y maestro del amor, el creador de un movimiento nuevo al servicio del reino de Dios, no es un hombre disperso, atraído por diferentes intereses, sino **una persona profundamente unificada en torno a una experiencia nuclear: Dios, el Padre de todos**. Es él quien **inspira** su mensaje, **unifica** su intensa actividad y **polariza** sus energías. Dios está en el centro de esta vida. El mensaje y la actuación de Jesús **no se explican sin esa vivencia radical de Dios**. Si se olvida, todo pierde su autenticidad y contenido más hondo: la figura de Jesús queda desvirtuada, su mensaje debilitado, su actuación privada del sentido que él le daba.

Su experiencia de Dios **le empuja a liberar a las gentes de miedos y esclavitudes** que les impiden sentir y experimentar a Dios como él lo siente y experimenta: **amigo de la vida y de la felicidad de sus hijos e hijas**. Y lo mismo que los profetas de otros tiempos, abre su corazón a Dios para escuchar lo que quiere decir en aquel momento a su pueblo y a él mismo. En medio de su intensa actividad de profeta itinerante **cuidó siempre su comunicación con Dios en el silencio y la soledad**. Las fuentes cristianas han

conservado el recuerdo de una costumbre que causó honda impresión: **Jesús se solía retirar a orar**. Jesús no se contenta con cumplir rutinariamente la práctica general. A veces se levanta muy de madrugada y se va a un lugar solitario a orar ya antes del amanecer; otras veces, al terminar el día, se despide de todos y prolonga la oración del atardecer durante gran parte de la noche.

Esta oración de Jesús no consiste en pronunciar verbalmente los rezos prescritos. Es una oración sin palabras, de carácter más bien contemplativo, donde **lo esencial es el encuentro íntimo con Dios**. Es lo que busca Jesús en esa atmósfera de silencio y soledad.

Es poco lo que sabemos sobre **la postura exterior que adopta Jesús al orar**. Casi siempre ora **de pie**, como todo judío piadoso, en actitud serena y confiada ante Dios, pero las fuentes nos dicen que la noche que pasó en Getsemaní, la víspera de su ejecución, ora **“postrado en tierra”**, en un gesto de abatimiento, pero también de sumisión total al Padre. (Marcos 14,35). Refiriéndose a esa noche de Getsemaní, un escrito cristiano redactado entre los años 65 y 67, Y que se llama tradicionalmente carta a los **Hebreos**, dice que Jesús oraba **“con gritos y lágrimas”** (5,7).

Jesús se expresa ante Dios con total sinceridad y transparencia, incluso con su cuerpo. Al parecer, tenía la costumbre de orar **“elevando sus ojos al cielo”** (Marcos 7,34; Juan 11,41; 17,1), algo que no era frecuente en su tiempo, pues los judíos oraban de ordinario dirigiendo su mirada hacia el templo de Jerusalén, donde, según la fe de Israel, habita **la Shekiná, es decir, la Presencia de Dios** entre los hombres.

Jesús sabe **bendecir a Dios** en cualquier momento del día. Le sale con toda espontaneidad esa típica oración judía de **“bendición”** que no es propiamente una acción de gracias por un favor recibido, sino un grito del corazón hacia aquel que es la fuente de todo lo bueno. Al “bendecir”, el creyente judío orienta todo hacia Dios y remite las cosas a su bondad original.

Jesús ora también al curar a los enfermos. Lo trasluce su gesto de imponer sobre ellos las manos para bendecirlos en nombre de Dios y envolverlos con su misericordia. **Mientras sus manos bendicen** a los que se sienten malditos y transmiten fuerza y aliento a quienes viven sufriendo, su **corazón se eleva a Dios** para comunicar a los enfermos la vida que él mismo recibe del Padre. Repite el mismo gesto con **los niños**. Hay ocasiones en que Jesús “los abraza y los bendice imponiéndoles las manos”. Los pequeños deben sentir antes que nadie la caricia de Dios. Mientras los bendice, pide al Padre lo mejor para ellos.

La oración de Jesús posee rasgos inconfundibles. **Es una oración sencilla, “en lo secreto”**, sin grandes gestos ni palabras solemnes, sin quedarse en apariencias, sin utilizarla para alimentar el narcisismo o el auto-engaño. **Jesús se pone ante Dios, no ante los demás**. No hay que orar en las plazas para que nos vea la gente: **“Tú, cuando ores, entra en tu habitación, cierra la puerta y ora a tu Padre, que está en lo secreto”**. Es, al mismo tiempo, una oración **espontánea y natural**; le nace sin esfuerzo ni técnicas especiales; brota de la profundidad de su ser; no es algo añadido o postizo, sino expresión humilde y sincera de lo que vive. Su oración no es tampoco un rezo mecánico ni una repetición casi mágica de palabras. No hay que multiplicar fórmulas, como hacen los paganos hasta

“cansar” a los dioses, creyendo que así serán escuchados. **Basta con presentarse ante Dios como hijos necesitados:** “*Ya sabe vuestro Padre lo que necesitáis antes de que vosotros se lo pidáis*”. (Mateo 6,5-6). Al no tener una habitación privada en ninguna casa, Jesús se retiraba al monte o a un lugar apartado. (Mateo 6,7-8). **Su oración es confianza absoluta en Dios.**

Jesús vive desde la experiencia de un Dios Padre. Así lo capta en sus noches de oración y así lo vive a lo largo del día. Su Padre Dios cuida hasta de las criaturas más frágiles, hace salir su sol sobre buenos y malos, se da a conocer a los pequeños, defiende a sus pobres, cura a los enfermos, busca a los perdidos. **Este Padre es el centro de su vida.**

A Jesús le gusta llamar a Dios “Padre”. Le brota de dentro, sobre todo cuando quiere subrayar su bondad y compasión. **Lo llamaba Abbá.** Le vive a Dios como alguien tan cercano, bueno y entrañable que, al dialogar con él, le viene espontáneamente a los labios solo una palabra: **Abbá, Padre mío querido.**

Las primeras palabras que balbuceaban **los niños de Galilea eran: immá (“mamá”) y abbá (“papá”).** Así llamó también Jesús a María y a José. Por eso, *abbá* evoca el cariño, la intimidad y la confianza del niño pequeño con su padre. Sin embargo, no hemos de exagerar. Al parecer, también los adultos empleaban esta palabra expresando su respeto y obediencia al padre de la familia patriarcal. Llamar a Dios *Abbá* indica cariño, **intimidad y cercanía**, pero también **respeto y sumisión.**

Para él es un dato primordial e indiscutible, que se impone por sí mismo. **Dios es una Presencia buena que bendice la vida.** La solicitud amorosa del Padre, casi siempre misteriosa y velada, está presente envolviendo la existencia de toda criatura.

Lo que define a Dios no es su poder, como entre las divinidades paganas del Imperio; tampoco su sabiduría, como en algunas corrientes filosóficas de Grecia. La realidad última de Dios, lo que no podemos pensar ni imaginar de su misterio, **Jesús lo capta como bondad y salvación.** Dios es bueno con él y es bueno con todos sus hijos e hijas. **Lo más importante para Dios son las personas; mucho más que los sacrificios o el sábado.** Dios solo quiere su bien. Nada ha de ser utilizado contra las personas, y menos aún la religión.

Este Padre bueno es un **Dios cercano.** Su bondad está ya irrumpiendo en el mundo bajo forma de compasión. Jesús vive esta cercanía amorosa de Dios con asombrosa sencillez y espontaneidad. Es como un grano de trigo sembrado en la tierra, que pasa inadvertido, pero que pronto se manifestará como espléndida espiga. Así es la bondad de Dios: ahora está escondida bajo la realidad compleja de la vida, pero un día acabará triunfando sobre el mal. Para Jesús, todo esto no es teoría. **Dios es cercano y accesible a todos.** Cualquiera puede tener con él una relación directa e inmediata desde lo secreto del corazón. Él habla a cada uno sin pronunciar palabras humanas. Hasta los más pequeños pueden descubrir su misterio. Este Dios cercano **busca a las personas donde están, incluso aunque se encuentren perdidas,** lejos de la Alianza de Dios.

(Cfr. José Aº Pagola. **Jesús. Aproximación histórica. Cap 11 y 6. Extracto**).

2. TEXTOS

1ª LECTURA: ECLESIAÍSTICO 35, 12-14. 16-18

El Señor es un Dios justo, que no puede ser parcial; no es parcial contra el pobre, escucha las súplicas del oprimido; no desoye los gritos del huérfano o de la viuda cuando repite su queja; sus penas consiguen su favor, y su grito alcanza las nubes; los gritos del pobre atraviesan las nubes y hasta alcanzar a Dios no descansan; no cesa hasta que Dios le atiende, y el juez justo le hace justicia.

Dios escucha los lamentos del pobre, del huérfano y de la viuda. Podrán ser desatendidos por los poderosos del mundo, pero Dios no los olvida. El Dios de Israel siempre ha sido visto como juez misericordioso a la vez que justo. Con los pobres y oprimidos ejerce la misericordia, escuchando sus súplicas; con los malvados y soberbios actúa severa y firmemente. A lo largo de todo el texto resuena el vocabulario usado para describir la esclavitud de Israel en Egipto. **La conclusión es clara:** un pueblo oprimido que experimentó la liberación de Dios no puede permitirse el lujo de convertirse en explotador de los débiles.

SALMO RESPONSORIAL: SAL 33

R. Si el afligido invoca al Señor, él lo escucha.

Bendigo al Señor en todo momento, su alabanza está siempre en mi boca; mi alma se gloria en el Señor: que los humildes lo escuchen y se alegren. **R.**

El Señor se enfrenta con los malhechores, para borrar de la tierra su memoria. Cuando uno grita, el Señor lo escucha y lo libra de sus angustias. **R.**

El Señor está cerca de los atribulados, salva a los abatidos. El Señor redime a sus siervos, no será castigado quien se acoge a él. **R.**

2ª LECTURA: 2ª TIMOTEO 4, 6-8. 16-18

Querido hermano:

Yo estoy a punto de ser sacrificado, y el momento de mi partida es inminente.

He combatido bien mi combate, he corrido hasta la meta, he mantenido la fe.

Ahora me aguarda la corona merecida, con la que el Señor, juez justo, me premiará en aquel día; y no sólo a mí, sino a todos los que tienen amor a su venida.

La primera vez que me defendí, todos me abandonaron, y nadie me asistió. Que Dios los perdone.

Pero el Señor me ayudó y me dio fuerzas para anunciar íntegro el mensaje, de modo que lo oyeran todos los gentiles. Él me libró de la boca del león.

El Señor seguirá librándome de todo mal, me salvará y me llevará a su reino del cielo. A él la gloria por los siglos de los siglos. Amén.

Hay dos maneras de dar la vida por Cristo:

una, gastarla día a día tratando de que todos lo conozcan; otra, derramar la sangre por su causa. Imitar a Pablo, que supo darla de las dos maneras, es un reto para sus

discípulos. Este pasaje es el mejor epitafio sobre el sepulcro de Pablo. Al fin el atleta ha conquistado la ansiada *corona de salvación* por la que corría desde antiguo (1 Cor 9,24-27).

El material para construir esta especie de **resumen biográfico de los últimos días del apóstol**, está tomado de las otras cartas paulinas, en particular de Colosenses y Filemón. La figura de Pablo aparece claramente idealizada; su enseñanza adquiere un valor permanente; su trayectoria humana y apostólica se convierte en modelo para todos los cristianos.

Tal vez este pasaje refleje en cierto modo la **experiencia vivida por la Iglesia** en la segunda generación cristiana. Son tiempos difíciles en los que lo más importante es **mantener fielmente** la ruta emprendida, a pesar de todas las dificultades y tribulaciones.

EVANGELIO: Lucas 18, 9-14

Como dije la semana anterior, la liturgia nos ofrece dos evangelios **sobre la oración**, con dos secuencias: **la insistencia y dos maneras de hacerla**. Estas dos secuencias del capítulo 18, se corresponden con otro pasaje del mismo evangelio en el Cáp. 11,1-13, pero de forma invertida.

Esta parábola, propia de Lucas, es para Schökel muy importante porque describe satíricamente un tipo de religiosidad falsa y le contrapone un personaje auténtico. Los dos son figuras tipo que se pueden dar en cualquier tiempo y en todas las latitudes. **Es una historia ejemplar.**

Los elementos de esta breve historia, nos dice Bovon, están narrados con una simetría hábilmente desequilibrada. Entre los elementos paralelos hay que señalar la presencia de **los personajes** en el templo, **el interés** prestado al lugar que ocupan y **la actitud** que adoptan, **la oración** que pronuncian y la mención del **Dios que invocan**. Entre **las diferencias** están: la amplitud de la oración del fariseo comparándola con la breve exclamación del publicano y la extensión de la presentación de éste con el breve apunte del fariseo.

18:9 *En aquel tiempo, a algunos que, teniendo por justos, se sentían seguros de sí mismos y despreciaban a los demás, dijo Jesús esta parábola:*

En esta segunda parte de la enseñanza sobre la oración -están de camino a Jerusalén y continua la formación de los discípulos- Lucas contrapone la oración arrogante del fariseo a la sencilla y confiada del recaudador. La intención parece que se centra en **la formación de todos ya que algunos se tenían por justos despreciando a los demás**. Algunos de los discípulos pertenecen a la mentalidad farisea (16,15).

Esta gente que se creen justos, no son los que tienen una confianza legítima en sí mismos, sino aquellos que **solo sobreviven criticando a los demás**, que tienen una pretensión más social que psicológica de pertenecer a un estrato superior de la población y hacer que ello se perciba a su alrededor. Estos personajes además, tienen la seguridad excesiva de una buena conciencia, y de una conciencia de clase.

10 - *«Dos hombres subieron al templo a orar. Uno era fariseo; el otro, un publicano*

Dos figuras representativas del judaísmo de la época. Subieron desde la ciudad al monte del templo, desde sus respectivas casas a la "casa del Señor". En el templo se podía orar a cualquier hora del día. Para la oración pública

se podía hacer o bien a las **nueve** de la mañana o bien a las **tres de la tarde** (tercia y nona)

El primer personaje es un **fariseo**. En aquel tiempo era tanto como decir una **persona admirada y respetada**. Es un hombre religioso porque va al templo a orar.

Luego está el **publicano**. Era un recaudador de impuestos. Se **les despreciaba** porque estaban al servicio de Roma. Pertenece al grupo de los pecadores. A pesar de ello, es un hombre religioso porque también acude al templo a orar.

11-12. *El fariseo, erguido, oraba así en su interior:
"¡Oh Dios!, te doy gracias, porque no soy como los demás: ladrones, injustos, adúlteros; ni como ese publicano. Ayuno dos veces por semana y pago el diezmo de todo lo que tengo."*

Lo hace siguiendo la costumbre de aquel tiempo: **puesto en pie**. Es la postura de la dignidad y del respeto a sí mismo y a los demás, porque nos permite mirar de frente, a los ojos. Hasta ahí todo va bien. Lo malo es lo que dice en su oración: da gracias a Dios por no ser como los demás.

Sus palabras reflejan un yo hinchado: autosuficiencia, vanidad, engreimiento, soberbia, menosprecio de los demás... estaba como quien dice: **encantado de haberse conocido**. Se dedica a retratar su espléndida figura poniendo como contrapunto, como fondo oscuro, la vida de los demás. Y de querer convencer a Dios de lo buenisima persona que era.

La acción de gracias se recita en el AT por los beneficios recibidos de Dios; el fariseo lo pervierte dando gracias a Dios por su propia bondad, la de sus obras y observancias (Dt 14,22)

Y ahí está el fallo. Porque **¿a quién queremos engañar, si El lo sabe todo?**

13 *El publicano, en cambio, se quedó atrás y no se atrevía ni a levantar los ojos al cielo; sólo se golpeaba el pecho, diciendo:
¡Oh Dios!, ten compasión de este pecador.*

Se puede ser un pecador y sentir en lo profundo **la necesidad de Dios**. Este hombre se esconde en un rincón para orar. Está avergonzado. Por eso reza con los ojos mirando al suelo. Y lo hace con un gesto muy expresivo: se golpea el pecho, el corazón, es decir, la conciencia. Su oración, además, es bien simple: "Ten compasión de mí, que soy un pecador". **No tienen méritos que presentar sino acogerse a la misericordia del Señor**. Cuando uno es consciente de su pecado no pierde energías pensando en los pecados de los demás. **Es un hombre humilde**.

14 *Os digo que éste bajó a su casa justificado, y aquél no. Porque todo el que se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido.»*

Jesús pone a cada uno en su sitio, desenmascarando la religiosidad de cada uno y termina dando una sentencia, como si fuera un juez: el primero salió como entró. Sólo el segundo quedó justificado. La soberbia lo único que hace es empeorar las cosas. **La humildad las remedia**. El que se levanta sobre los otros para parecer más grande será humillado. El que se humilla reconociendo sus errores y pecados será fortalecido. El que se justifica a sí mismo permanece en su error. El que reconoce sus errores y pide perdón está en el camino de la superación. Dios está con los humildes y en el bando contrario de los soberbios.

3. PREGUNTAS...

1. ... algunos que, teniéndose por justos, se sentían seguros de sí mismos y despreciaban a los demás,...

A Dios no le caen bien, y creo que a ninguno de nosotros, **los engreídos y orgullosos, los poderosos, los seguros de sí mismos o los que se creen buenos y salvados.**

Las imágenes de los dos que fueron al Templo a orar son muy **significativas y actuales.** El baremo de aceptación no está en el dinero (el publicano podría tener mejor posición que el fariseo). El fondo de la cuestión es la sensibilidad que cada uno tiene y el valor que le da la sociedad.

El **fariseo** se siente seguro y orgulloso de sí mismo porque llevaba una vida irreprochable. La sociedad le valora positivamente como hombre bueno y cumplidor. De él, dice Jesús que volvió a su casa igual; su oración no le valió de nada. No conoció la mirada compasiva del Padre.

A Dios no le gusta la gente tan segura de sí misma. Y la iglesia está llena de **gente segura, orgullosa y poco tolerante.** **Francisco** nos está cambiando la mirada y el comportamiento, más samaritano y compasivo, menos mal.

El **cobrador de impuestos** estaba valorado socialmente como un pecador, traidor, vendido al ocupante romano. Es odiado por todos. Pero ante Dios se siente pecador. Dice el evangelio que ni se atrevía a levantar los ojos del suelo. **Para este hombre, Dios es su salvador, su roca, su auxilio y su apoyo.** Jesús dice que volvió a su casa cambiado por dentro, siendo mejor persona.

- **Nosotros: ¿cómo nos presentamos ante Dios? ¿Nos presentamos creyéndonos buenos, sin necesidad de perdón, de salvación?**
- **¿Cómo ando de humildad, de sencillez, de simplicidad, de apertura, de sensibilidad... yo que estoy en tantos grupos, que me creo tantas cosas, que me ensalzan tantas veces...?**

2. LA IMPORTANCIA DE LA ORACIÓN EN EL SEGUIMIENTO.

Lucas le da mucha importancia a **la oración constante**, humilde y confiada, en el proceso de seguimiento. Resumo algunos puntos de una carta pastoral de los obispos vascos sobre **la oración cristiana hoy.** Muy interesante. **Enlace:** <http://mercaba.org/OBSERVATORE/2000-01-14/02-09-11.htm>

“La oración cristiana **nace del seguimiento** fiel a Jesús. **El modelo para dirigirse a Dios es Jesús.** Por eso, tenemos que esforzarnos por orar según el espíritu y el estilo de Jesús, animado por los mismos sentimientos y la misma actitud de Jesús ante el Padre.

Lo más original de la oración cristiana proviene del mismo Jesús, que **nos ha enseñado a invocar a Dios como Padre.** La oración del cristiano es un diálogo con un **Dios personal** que está atento a los deseos del corazón humano y escucha su oración. Una meditación que desembocara sólo en un estado de quietud o en una «inmersión en el abismo de la divinidad», no sería todavía encuentro cristiano con Dios, nuestro Padre.

Por eso, **el cristiano no reza a un Dios lejano**, al que hay que decirle muchas palabras para informarle y convencerle. Esa oración, según Jesús, no es propia de sus discípulos. Nosotros oramos a un Padre que «*sabe lo que necesitamos antes de pedirselo*» (Mt 6, 8). Por eso, **la oración cristiana nunca es fácil, pero siempre es sencilla.** Basta invocar a Dios sinceramente, con corazón de niño. No jugar ante Dios a «ser mayores». Despojarnos de nuestras máscaras y confiar en su amor misericordioso. El se revela, no tanto a los sabios y entendidos, sino a «la gente sencilla» (cf. Mt 11, 25).

Orar a un Dios Padre no infantiliza. Al contrario, nos hace más responsables de nuestra vida. No rezamos a Dios para que nos resuelva nuestros problemas. Oramos y vigilamos para fortalecer nuestra «carne débil» y disponer-nos mejor a cumplir la voluntad del Padre. No se trata de seducir a Dios y convencerle para que cambie y cumpla nuestros deseos. Si oramos es precisamente para cambiar nosotros, escuchando los deseos de Dios. No le pedimos que cambie su voluntad para hacer la nuestra. Pedimos que «*se haga su voluntad*», que es, en definitiva, **nuestro verdadero bien.** Rezamos para escuchar y cumplir con más fidelidad la voluntad del Padre. Así oraba Jesús: «*Padre, no se haga mi voluntad, sino la tuya*» (Lc 22, 42).

Movido por ese espíritu de fidelidad al Padre, **el discípulo de Jesús se abre al amor universal.** Esta oración cristiana no es una obligación ni un logro humano. Antes que nada es una gracia, un don. **La iniciativa es de Dios.** Él mueve nuestros corazones. Su Espíritu alienta toda oración verdadera. **Sólo podemos orar movidos por su Espíritu** que habita en cada uno de nosotros.

Nosotros no sabemos rezar bien. Nos falta experiencia; caemos en la rutina. No sabemos qué hacer para orar como conviene. **Es el Espíritu el que puede orientar y transformar nuestra oración** (Rm 8, 26). El nos enseña poco a poco la verdad de Dios. Nos permite acoger e interiorizar su palabra. «*El Espíritu de la verdad os irá guiando en la verdad*» (Jn 16, 13).

Y siempre buscando el reino de Dios. El cristiano ora siempre buscando como última realidad el reinado de Dios entre los hombres (Mt 6, 32-33). Todo ha de quedar subordinado a la acogida del reino de Dios en nosotros y en el mundo entero. Por eso, **nos hemos de preguntar a qué Dios oramos:** ¿a un Dios apático e indiferente ante las injusticias y el dolor humano, o a un Dios que quiere la justicia y el bien de todos? ¿En quién «pensamos» cuando nombramos a Dios? ¿De dónde arranca y hacia dónde nos conduce la oración? ¿Brotó de nuestro egoísmo y nos encierra todavía más en él? ¿Nace de la búsqueda del reino de Dios y nos compromete más en su realización?

La oración es cristiana si es acogida del Dios de Jesús, y no un contacto con la divinidad en general. Pero **el Dios de Jesús es el «Dios de los pobres»**, el defensor de los desvalidos, el que se ha encarnado en él para «*buscar y salvar lo que estaba perdido*» (Lc 19, 10). **No cualquier contemplación es cristiana.** No cualquier búsqueda de Dios es fiel a Cristo, sino aquella en la que se busca al Dios de los últimos.

Juan García Muñoz (ingarcia@gmail.com)
Parroquia San Pablo. HUELVA. ESPAÑA
<http://www.escuchadelapalabra.com/>